

Para entender la extrema derecha desde el Perú¹

Understanding the Far Right from Peru

Recibido: 25/04/2025

Aprobado: 31/10/2025

Nicolás Lynch Gamero

Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú.

nlynchg@unmsm.edu.pe

<https://orcid.org/0000-0001-7205-7602>

Resumen

Este artículo busca entender el auge de la extrema derecha desde el Perú. Para ello, hago hincapié en su proceso de formación contemporánea y el papel que ha jugado históricamente como administrador del vínculo entre su propia sociedad, las élites dominantes locales y los diferentes poderes imperiales extranjeros. La derecha peruana resurge desde sus raíces oligárquicas en su neoliberalización y, en ese proceso, desecha la democracia como forma de convivencia y se vuelve a convertir en extrema derecha. El contraste con la derecha latinoamericana y global está dado así por el cordón umbilical de la colonialidad del poder. A partir de ella se distingue por la intensidad del vínculo entre los diferentes países de la región y el diferente papel —colonizador o colonizado— en la dependencia con las grandes potencias del planeta. De esta forma, las derechas confluyen desde sus fobias al otro, especialmente a las mayorías populares, para afirmar sus autoritarismos y convertirse en cada contexto en extremas derechas.

Palabras clave: extrema derecha, Perú comparado, racismo, colonialidad del poder, neoliberalismo.

Abstract

This article seeks to understand the rise of the far right from Peru. To this end, I emphasize its contemporary formation process and the role it has historically played as administrator of the link between its own society, local dominant elites, and different foreign imperial powers. The Peruvian right reemerges from its oligarchic roots in its neoliberalization and, in that process, discards democracy as a form of coexistence and once again becomes far right. The contrast with the Latin American and global right is thus determined by the umbilical cord of the colonality of power, which distinguishes countries by the intensity of the link between different nations in the region and by their different role—colonizer or colonized—in their

¹ Este artículo es producto de una investigación financiada por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos RR006081-2023-R/UNMSM. Código de proyecto: E23150051.

dependence on the planet's great powers. In this way, right-wing movements converge from their phobias of the other, basically the popular majority, to assert their authoritarianisms and become, in each context, far right.

Keywords: far right, comparative Peru, racism, coloniality of power, neoliberalism

Discursos Del Sur, N°16, julio/diciembre 2025, pp.93-123, DOI: <https://doi.org/10.15381/dds.n16.32504> ISSN: 2617-2283 ©Los autores. Este artículo es publicado por Discursos del Sur, revista de teoría crítica en ciencias sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

[<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>] que permite el uso, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre que la obra original sea debidamente citada de su fuente original.

El tema más saltante de la política actual es la influencia de la derecha a nivel global; una influencia cuyas características más relevantes suelen ser su auge electoral y su agresiva movilización callejera. Sin embargo, desde el sur, más específicamente desde el Perú, observo una debilidad en la definición de lo que se entiende por derecha, caracterizada por una descontextualización y un agudo presentismo en el tratamiento de esta. Por eso apuesto a una definición situada que dé luces sobre la derecha en el Perú, pero también desde el Perú. Para ello, me refiero a tres cuestiones: primero a la definición de la derecha como tal, así como a su evolución, por lo menos en el tiempo reciente. Luego, a una relación que hoy parece olvidada en la mayor parte de los que tratan el problema: la que hay entre la derecha económica y la derecha política, relevante en todas partes, pero clave en nuestra región y país por la estrecha relación, estrechada en estos años, entre economía y política. Por último, a la definición de la derecha en función de su contradicción que puede ser con fuerzas de izquierda, progresistas o más en general democráticas, distinciones estas últimas relevantes en épocas más recientes.

1. ¿Qué es derecha, cuál derecha?

Aquí es importante señalar el aporte a la definición de la derecha, y más específicamente de la ultraderecha, que realiza Cas Mudde en su libro *La ultraderecha hoy* (2021). En este libro, con pretensión global pero que se centra sobre todo en Europa y los Estados Unidos, Mudde usa un enfoque conductista de interacción entre actores para analizar a la ultraderecha, distinto de la articulación acción-estructura que desarrollo por mi parte. Este enfoque conductista le permite distinguir el comportamiento de los actores de esta tendencia política con cierto detalle y algunos de sus antecedentes históricos. Esto es útil para distinguir, por ejemplo, el auge actual de la ultraderecha en América Latina, en especial, como veremos más adelante, en reacción a los Gobiernos progresistas. Sin embargo, limita su comprensión con relación a las bases estructurales de la misma, en especial de las crisis capitalistas recurrentes en el caso del modelo neoliberal, muy ligadas por sus efectos con esta reacción de ultraderecha.

Además, existe otro tema, quizás de forma, pero no menos banal cuando se interviene en el debate conceptual. ¿Por qué hablar de derecha y no de ultraderecha como suele referirse

en general Mudde? Este autor engloba dentro de la categoría ultraderecha los que él llama la derecha radical populista y la extrema derecha, señalando que lo que las distingue es su actitud frente a la democracia. La primera acepta las reglas de esta, aunque con reparos frente a los derechos de las minorías y la división de poderes, pero actúa dentro de sus instituciones; mientras que la segunda rechaza los fundamentos de la democracia como la igualdad política y el gobierno de la mayoría. Por eso digo que en el Perú, y en buena parte de los casos en América Latina, la derecha se manifiesta como ultraderecha y más precisamente como extrema derecha. Entre nosotros la experiencia democrático liberal, que establece a la derecha por diferencia con sus sectores extremos, es menor y el componente ideológico y político demoliberal también. Nuestras derechas están más interesadas en ser excluyentes que competitivas y pluralistas.

¿Qué es derecha entonces? La definición de Norberto Bobbio (1995), paradójicamente a propósito de la izquierda, a fines del siglo pasado, se ha hecho moneda corriente al respecto, entendiéndose a su contrario, la derecha, como aquella posición política que cree que las desigualdades sociales son naturales e inmutables, mientras que el sector de izquierda asume que las desigualdades son productos de la acción humana y pueden ser superadas. Una cuestión crucial: la desigualdad es lo que está en debate y las posturas al respecto parten campos. Esta definición, sin embargo, buena para una apreciación general de la derecha en el planeta, necesita una mayor especificación cuando se trata de una región como América Latina y un país como el Perú, en los que fenómenos como la herencia colonial que definen la dependencia de poderes extranjeros y el racismo asumen una importancia crucial que repercute de manera decisiva en la desigualdad.

Respecto de la herencia colonial, es muy importante precisar el rol que cumple la derecha como sujeto de la misma. Para ello, tomo la tesis de Aníbal Quijano sobre la colonialidad del poder (2011) que en un desarrollo crucial de la teoría de la dependencia señala que, en países como el Perú y buena parte de América Latina, se establece tanto la dependencia de poderes imperiales extranjeros, fenómeno de origen colonial, como la jerarquización con base en la idea de raza, produciendo una racialización de la estructura social. ¿Qué papel juega entonces la derecha en nuestros países? La de articulador de la dominación entre la estructura social racializada, los poderes imperiales extranjeros y sus aliados locales.

A primera vista, el incorporar este elemento histórico estructural puede dar la impresión de una definición muy economicista o, en el mejor de los casos, estructuralista, de la derecha, pero lo hago como antídoto al excesivo politicismo reinante sobre nuestro objeto de estudio. Por ello, aquí conviene reflexionar sobre el tema de la “autonomía relativa del Estado”, y por extensión de la política, que se ha convertido en un lugar común para caracterizar a los Estados y la política contemporánea. Autonomía como especialización, producto del desarrollo capitalista, de una élite burocrática y una clase política que diferencia y expresa, en la reflexión de Nicos Poulantzas (1973, p. 332; 1979, pp. 147-151), los intereses estructurales y el día a día de la lucha de clases y la dominación social.

Entre nosotros, tal autonomía se busca en el intento, principalmente reformista, de librarse de la dominación oligárquica en el antiguo régimen.² Sin embargo, si algún efecto importante tuvo la impronta neoliberal en los Estados del sur global ha sido, sobre todo, en aquellos con poca o nula resistencia de movimientos sociales y/o políticos, con la captura de estos por los intereses de las grandes empresas nacionales y extranjeras, y la puesta directa a su servicio (Francisco Durand, 2019). Por ello, afirmo que la captura adelgaza la autonomía hasta amenazarla con su extinción, como es el caso del Perú en la actualidad (2025). Ahora bien, para ser más precisos, habría que hablar de recaptura, porque la vieja oligarquía ya tenía capturado el Estado antes del período reformista. No es casualidad que la élite neoliberal actual tenga todavía muchos de los modos de dominación, más allá de las variantes que puedan existir en la composición étnica del bloque en el poder, de sus bisabuelos y tatarabuelos terratenientes y gamonales.

En estas condiciones, el rol articulador de la dominación de la derecha adquiere una importancia crucial como portadora de la colonialidad del poder. Esta cuestión nos lleva, como señalamos, a la dependencia y al racismo; temas ambos que definen la política derechista actual. La derecha no concibe otra forma de manejar, ya no digamos desarrollar, nuestros países que no sea en estrecha alianza con los poderes imperiales extranjeros, hegemónicos en cada momento. Nuestra posición subordinada es un hecho natural de la misma que debe ser resguardado porque lo asumen como parte de su propia existencia. Por otro lado, el racismo se constituye a partir de una estructura social racializada, donde suele

² “Antiguo régimen” en el caso peruano alude al período de dominación oligárquico que terminó históricamente con la crisis de principios de la década de 1930 y políticamente con el Gobierno de Juan Velasco Alvarado (1968-1975) (López, 1991).

haber una identidad entre clase y raza, en la que el ancestro originario aparece como oprimido por el ancestro europeo. Este racismo es así ideología dominante y relación de desigualdad fundamental en el origen mismo de nuestras repúblicas independientes, en directa herencia del pasado colonial.

En cuanto a la herencia colonial como dependencia de poderes extranjeros y como parte del hecho general de la colonialidad, es importante la diferencia que establece James Mahoney (2010) sobre las variaciones de la colonización que señala cada tipo de herencia. Así, para Mahoney en las colonias españolas, México y Perú, antes de las reformas borbónicas, a mediados del siglo XVIII, se privilegia un colonialismo mercantil que genera élites de terratenientes feudales, cuya proyección política, sobre todo en el Perú, serían las castas conservadoras republicanas. Por su parte, en las colonias del Río de la Plata y Brasil, se produce una colonización en territorios con menos población y pocas instituciones que, paradójicamente, llevan a procesos de desarrollo capitalista que el autor denomina de “liberales”, sugiriendo que son el germen de sus futuras burguesías.

En el caso del racismo, no se considera al otro como igual por su condición étnica que remite a una condición de clase. Esta opresión étnica tiene proyecciones clasistas y culturales, desde la vida cotidiana hasta las expresiones intelectuales y artísticas, pero se constituye a partir de la opresión política. Es más, en el Perú y buena parte de América Latina se trata de la opresión de una mayoría de ancestro originario por una minoría de ancestro europeo. El racismo nunca ha dejado de ser un elemento definitorio de la derecha a lo largo de la historia y Mudde lo señala como sustantivo en la definición de la derecha en Occidente. Sin embargo, los maridajes entre derecha e izquierda en diversos momentos, en especial como producto de los períodos de regresión o avance democráticos, han hecho más o menos notorio este racismo. Hoy, luego del fracaso de la relación entre democracia y neoliberalismo, cuando ya no importan los modos democráticos, el racismo vuelve a crecer, lo que indica que lo que hemos tenido como democracia no pudo eliminar sus raíces.

¿Quiere decir esto que no hay posibilidad de diferenciar dimensiones en la derecha? De ninguna manera, puede haber diversas expresiones económicas, sociales y políticas de la derecha, pero creo que es importante, al menos en el caso del que parto, señalar las similitudes de la base material. Sin embargo, además de la definición que busca ir al núcleo de la distinción entre derecha e izquierda, existen también las expresiones más precisamente

políticas de las mismas, que es como cotidianamente se manifiestan en la vida de nuestras sociedades. Tenemos así diferentes derechas y diferentes izquierdas, tanto por el sesgo ideológico que las determinan como por el radicalismo de sus puntos de vista, todo ello en estrecha relación con el país y la región del mundo en que se desenvuelven.

2. La formación de las derechas en América Latina y sus parientes globales

En este mundo globalizado es indudable que hay un cordón umbilical entre las derechas nativas y la derecha global. La ofensiva neoliberal que tiene su origen en la crisis capitalista de 1973, los experimentos iniciales con las dictaduras de Augusto Pinochet en Chile (1973) y de Jorge Videla en Argentina (1976), el camino a la hegemonía política planetaria con las elecciones de Margaret Thatcher en el Reino Unido en 1979 y de Ronald Reagan en los Estados Unidos en 1982, y su consolidación ideológica con el Consenso de Washington en 1990; todo esto va a dar la pauta para que la derecha en diversas partes del mundo, sean conservadoras o liberales, se “neoliberalicen” en esos años continuando su camino a la ultraderecha y finalmente a la extrema derecha. Esto significa que las derechas pasan a tener una visión mercadocéntrica de la sociedad produciéndose un descentramiento de la política (Lechner, 1996) y abandonando todo lo que signifique una visión de bienestar y justicia social para las clases populares.

En América Latina, esta neoliberalización de las derechas tiene varios momentos. Los primeros pasos ya señalados, de Pinochet y Videla a la cabeza de feroces dictaduras militares, fueron antecedente y a la vez precedieron al período de las transiciones a la democracia que, como señala Carlos Franco (1998),³ establecieron el camino para salir del horror de las dictaduras. Las transiciones fueron un proceso político en el que confluyeron junto con los movimientos sociales antidictatoriales y los partidos políticos que pudieron recuperarse de la persecución, un diseño originado en principio como proyecto académico en los Estados

³ Franco señala en su libro *El modo de pensar la democracia en América Latina* que buena parte de los intelectuales que acompañaron las transiciones, en referencia especial a Guillermo O'Donnell y Fernando Henrique Cardoso, hicieron de “la necesidad virtud” convirtiendo la democracia liberal prometida por estas en la utopía por la cual había que luchar.

Unidos.⁴ Asimismo, tuvieron dinámicas diferentes de acuerdo con el diferente tipo de Gobierno militar del que procedieron: en algunos casos dictaduras militares de derecha, en el Cono Sur de la región; en otros, dictaduras progresistas como fue el caso de Velasco en el Perú y en varios países andinos. Pero en ambas vertientes, las transiciones no pudieron cumplir con el objetivo de llegar a la consolidación, es decir, a regímenes políticos estables. Fueron transiciones a la democracia que nunca llegaron a consolidarse y la razón fue la influencia neoliberal. Se produjeron regímenes que buscaron conceder o restaurar derechos civiles y políticos, por un lado, mientras restringían o eliminaban derechos sociales, en un fenómeno denominado “la falacia de la consolidación” (Lynch, 2009, pp. 56-70).

Este fracaso de las transiciones en producir regímenes estables dio lugar a salidas por la derecha y por la izquierda: México y Colombia hacia la derecha con largos períodos de dominio neoliberal; y Brasil y Argentina, con períodos más cortos que van a dar lugar a ciclos opuestos. Asimismo, el caso de Chile, en el que se produce la derrota de la dictadura militar, pero conservando el programa neoliberal, hasta por lo menos los treinta años siguientes. En la salida por la izquierda, tenemos un primer ciclo (1998-2016), en el que la mayor parte de la región por población, territorio y producto bruto interno (PBI) tiene Gobiernos progresistas desarrollando reformas antineoliberales inéditas en América Latina; en un segundo ciclo, con victorias y derrotas de los protagonistas anteriores y la presencia nueva de tres países muy significativos: México, desde el 2018, Colombia, desde el 2022, y otra renovada, la de Uruguay desde el 2025.

La experiencia de la no consolidación democrática con las transiciones y luego el giro progresista con sus victorias y derrotas, que abarcaron casi cuarenta años de la historia de América Latina, van a marcar la configuración de la derecha actual y su deriva a la postre en extrema derecha. La derecha de las transiciones estaba formada principalmente por caudillos “antipolíticos” que no tuvieron problema en abrazar el neoliberalismo y también antiguos partidos reformistas, quienes viran, presionados por el cambio de época y la ofensiva económica, política e ideológica de los Estados Unidos, lo que se plasma en el Consenso de Washington. En principio se presentaban como democracias liberales, que se fueron

⁴ Me refiero en especial al Latin American Program del Woodrow Wilson International Center for Scholars y al proyecto liderado por Abraham Lowenthal, *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy in Latin America and Southern Europe*, que luego daría origen a una saga sobre el tema (Lynch, 2020).

desmoronando en el proceso. La derecha posterior, de la década de 1990, tiene características más agresivas que las derechas de las transiciones y un cinismo galopante. Se estrena, sin ambages, como una derecha neoliberal. Es el caso de Carlos Menem en la Argentina, Carlos Salinas de Gortari en México y Alberto Fujimori en el Perú, quienes podían decir una cosa en un momento y otra diametralmente opuesta al momento siguiente.

Sin embargo, tanto el fracaso de las transiciones como el fracaso también de la respuesta por la derecha a las mismas van a generar grandes movimientos sociales antineoliberales en la región que, por primera vez, dan una respuesta de conjunto a la privatización de los bienes públicos y sociales que se llevaba adelante, incluyendo un nuevo actor popular que no había tenido esa dimensión en períodos anteriores. Esta lucha tiene un hito en Mar del Plata en el 2005, cuando la III Cumbre de los Pueblos, reunión de movimientos sociales, coincide y enfrenta a la IV Cumbre de las Américas, reunión de jefes de Estado. Allí la región le dice “No al ALCA”, a la Alianza del Libre Comercio de las Américas, propiciada por los Estados Unidos. Este rechazo, liderado por presidentes como Néstor Kirchner y Hugo Chávez, se convierte en un espaldarazo para los Gobiernos progresistas y significará un impulso muy importante en un primer momento.

Llegamos a un punto clave para la caracterización de la derecha: el giro progresista en América Latina, en especial en su primer ciclo (1998-2016), y los logros que han tenido, con todos sus problemas, limitaciones y regresiones, los Gobiernos de este signo. En primer lugar, la política democrática, tanto electoral como de movilización social. Es decir, la consecuencia con los resultados electorales y las promesas de campañas, que no eran corrientes en la región y que significan un vuelco en varios países,⁵ así como la participación de las organizaciones sociales en la toma de decisiones en los diversos niveles de Gobierno. Luego está el retorno del Estado, especialmente como actor económico, para impulsar el desarrollo y promover políticas de redistribución del ingreso. Asimismo, la reactivación de la soberanía popular como base de la soberanía nacional, que da pie a una política exterior independiente, muy importante para el impulso de la integración de América Latina.

Ahora bien, en la crítica progresista al giro a la izquierda generalmente se señala que este no toma en cuenta los logros en términos de democratización social que produce y que

⁵ Esto, además, descalifica a los que participaron de este giro y luego renegaron de las elecciones de distintas maneras, como ha sido el caso de Daniel Ortega en Nicaragua y Nicolás Maduro en Venezuela.

trasciende a esos regímenes políticos. Creo que aquí hay dos cuestiones diferenciadas. Por un lado, los logros efectivamente de democratización social que ocurren y que permiten en su desarrollo la eventual vuelta de regímenes progresistas y, por otro, la confusión, muy antigua por lo demás, entre la dinámica social de la política y la dinámica estatal de la misma. Pueden existir movimientos sociales con importante antigüedad y favorecidos por las condiciones de un Gobierno progresista, como señala Leonardo Arvitzter (2017) para varios países de América Latina, pero congelados y/o corrompidos en el tiempo, con poca influencia en la política estatal que los rodea. Esto no tiene la pretensión de condenar la política que se desarrolla desde la sociedad organizada, pero sí situarla en su capacidad para influir la política desde el Estado.

Es en reacción a este giro progresista y sus logros que se desarrolla la derecha en su versión más extrema en la región (Tzeiman y Martuscelli, 2024). Es una reacción frente a la amenaza de que América Latina tome un giro distinto; y digo amenaza porque los Gobiernos progresistas, si bien eran una novedad en doscientos años de historia, no tenían un programa anticapitalista, simplemente un programa reformista. Pero, claro, a las derechas cualquier amenaza a su capacidad de incrementar ganancias y poder político les parece inaceptable y reaccionan en consecuencia.

Ahora bien, esta amenaza se vive de manera distinta en los países que formaron parte del giro progresista en contraste con aquellos que no. En los primeros, hay efectivamente un sector popular descontento al que no llegan las reformas o que ha sido históricamente influenciado por la derecha, principalmente la derecha religiosa como en Brasil, y que por ello son más pasibles a rebelarse contra los cambios. Asimismo, el fracaso de algunas políticas progresistas lleva también a sumar descontentos. Stefanoni (2022), precisamente, titula su libro *¿La rebeldía se volvió de derecha?* apuntando a este fastidio. Todo esto aumenta la agresividad y la radicalización de una derecha, cuyo cambio va a tener una magnitud desconocida en décadas. En los segundos, en los que la salida por la derecha al fracaso de las transiciones se asienta, como es el caso del Perú, la nueva fase de derechización responde al fracaso del modelo neoliberal tal cual. Esto se da no solo por su matrimonio imposible con la democracia, sino por el fracaso del modelo mismo que ya en la primera década del siglo XXI manifiesta su incapacidad para manejar el capitalismo global.

A esta reacción derechista contribuye también el contexto sistémico por la irresolución de la crisis capitalista del 2008, que produce un perjuicio tanto para las economías desarrolladas como para las emergentes. Sin embargo, no se percibe un intento de reestructuración del sistema financiero internacional ni menos de sus Gobiernos para evitar posteriores crisis. La unipolaridad de los Estados Unidos que está detrás del problema no parece conmoverse ni mostrar capacidad de manejo, más allá de insistir en la competencia inter hegemónica, sobre todo con la China, y no descartar la opción militar. Esta falta de solución es otro elemento que lleva a la radicalización de la derecha y a la multiplicación de opciones extremas en países capitalistas desarrollados.

Tenemos entonces una situación que ha ido avanzando conforme ha pasado el tiempo. Ya no es la derecha liberal que apoya las transiciones, tampoco la derecha neoliberal que articula una salida por la derecha al fracaso de estas. Es una derecha a la cual ya no le importa la democracia, que considera que lo que está en riesgo no es esta última, sino más allá, su modo de vida, “los valores de la familia”, lo que desde algunos extremos se denomina “modo de vida occidental y cristiano” (Cooper, 2020). El papel de la religión, en especial los sectores católicos conservadores y las iglesias evangélicas, se torna así fundamental. El dejar atrás la democracia, aunque sea en la versión liberal elitista de la misma, es central para una expresión política que se radicaliza y pasa de derecha a extrema derecha. Despreciar la democracia lleva a despreciar el Estado de derecho y promover la impunidad; un desprecio por las reglas mínimas de la comunidad democrática que favorece a esta opción política (Strobl, 2022, pp. 38-45). No es un punto de vista nuevo por lo demás, ha sido la bandera antiliberal y posteriormente anticomunista, aunque los comunistas no fueran relevantes, de los sectores conservadores desde la independencia de las repúblicas latinoamericanas.

Aquí llegamos a la necesidad de calificar el autoritarismo de esta extrema derecha, no solo por motivos retóricos sino también por la necesidad de saber el curso que puede seguir esta expresión política y cómo enfrentarla. Hay un cierto facilismo que al observar la derechización en América Latina habla de fascismo. Creo que la facilidad de la palabra para convertirse en un lema es lo que tienta su uso, de allí que se habla de fascismo e incluso ya de antifascismo. La categoría está bajo escrutinio en Europa (Traverso, 2018), pero incluso allá se opta por el más cauto término de “posfascismo” para referir al autoritarismo de raíz fascista, pero como un fenómeno político diferente. De igual manera, más allá de los

movimientos que reivindicaron ese nombre en la década de 1930 (Molinari, 2006), en nuestra América creo que la denominación no corresponde a nuestra realidad. La extrema derecha hereda su prepotencia en América Latina no del fascismo sino del conservadurismo oligárquico, anterior al sufragio universal, portador de la dominación señorial excluyente. Con la captura del Estado a la que se refiere Francisco Durand (2019), regresa una dialéctica nefasta, la relación amo-esclavo de la sociedad tradicional, en especial en los países más desiguales, entre los que se encuentra el Perú, en una región ya especialmente desigual. En el restablecimiento de esa desigualdad radica la vuelta de la derecha contemporánea en la región.

3. ¿Cómo ocurre esto en el Perú?

En el Perú esta relación entre derecha y oligarquía es constitutiva del Estado posterior a la independencia y se manifiesta en la referencia colonial, antes como hispanismo y luego como afinidad con Occidente y sus poderes dominantes. El poder oligárquico se basaba en una estrecha alianza entre los hacendados agroexportadores de la costa, los banqueros de Lima y el gamonalismo andino, que era el poder señorial de los terratenientes de base feudal y semifeudal. Su articulación internacional, luego de la colonia española, fue en el siglo XIX, con el imperialismo inglés y luego, en el siglo XX, con el poder imperial de los Estados Unidos (López, 1991; Burga y Flores Galindo, 1979). El movimiento antioligárquico, sin embargo, rompió este dominio en especial en un punto clave: el control directo de la política que tenían los sectores sociales dominantes. Esta ruptura tuvo un primer paso con el reformismo civil de la década de 1960, pero un hito con el reformismo militar del Gobierno de Juan Velasco Alvarado (1968-1975), en especial con la reforma agraria que empezó en 1969 y duró lo que el Gobierno que la animaba. Esta última, terminó con la explotación servil en el campo y con el dominio territorial y la proyección política del poder terrateniente. Se rompió entonces el *continuum* oligarquía-poder que había caracterizado la política peruana.⁶

⁶ Hay la tentación, sobre todo en cierta historia que reposa su análisis en la interacción entre actores, en considerar que la oligarquía produjo, incluso en el siglo XIX, proyectos democráticos y liberales. El caso más saltante es el de Carmen Mc Evoy (2017), que quiere encontrar en Manuel Pardo y el Partido Civil un proyecto y una práctica de democracia liberal en el Perú. Creo que la mejor refutación de estas ideas es la de Ulrich Mücke (1998), quien señala que la autora se basa más en la textualidad de los discursos que en las realidades que enfrentan los actores y en los hechos concretos de sus intereses económicos y sociales.

La reconstitución del dominio de la derecha en la política en los últimos cuarenta años, luego de las reformas antioligárquicas del Gobierno militar de Juan Velasco, empieza con la crítica a la transición democrática de fines la década de 1970 y principios de la década de 1980, y se continúa con la recaptura del Estado por el fujimorismo en la década de 1990 (Francisco Durand, 2019). La crítica a la transición se articula en el discurso neoliberal, principalmente de Hernando de Soto y su libro *El otro sendero* (1986), en la creación del Movimiento Libertad y el Frente Democrático, y la fallida candidatura a la Presidencia de la República de Mario Vargas Llosa en 1990. Esta crítica consistía en reclamarle a los partidos de la derecha y el centro derecha más tradicionales, que habían liderado esa transición democrática, estar únicamente interesados en volver a una situación prevelasquista, pero no en avanzar a cambios que establecieran con toda claridad una economía de mercado.

Un aspecto que le da fuerza a esta temprana crítica neoliberal a las transiciones es el conflicto armado interno y sus consecuencias. La acción terrorista de los grupos alzados en armas, Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), por una parte, que niegan el proceso de democratización que habían impulsado los movimientos sociales y los partidos de izquierda desde décadas atrás y la respuesta también terrorista de los agentes del Estado, por otra, configuran el fenómeno que se denomina como “guerra sucia” (CVR, 2003). Esta situación de violencia termina con la democratización que se había desarrollado con y luego del velasquismo, y crea las condiciones para el golpe de Estado posterior, marcando el final de la transición a la democracia de fines de la década de 1970. El fin de la violencia como guerra sucia es el caldo de cultivo de los estigmas que se desarrollan posteriormente, generalizando la denominación de terroristas a los que no piensan como el poder de turno y creando un clima que permea la política peruana hasta la actualidad. Pero esta crítica a la transición democrática tiene también un aspecto más precisamente político: el énfasis en dejar atrás la división entre sociedad y Estado, en la que habían hecho hincapié tanto el reformismo civil de la década de 1960 como el militar de las décadas de 1960 y 1970. Esta separación, que buscaba enfatizar un papel relativamente autónomo del Estado respecto de diversos intereses sociales, chocaba con la manera tradicional de manejar el país que había tenido la oligarquía y que añoraban sus herederos neoliberales. De allí, el vital movimiento de recaptura del Estado y finalmente del poder que se produce en la década de 1990. Así, el Estado pasa a ser de nuevo, en la paradójica transformación de oligarcas a

neoliberales, y según el concepto marxiano, en “el directorio de los intereses de la clase dominante”.

Por ello, es importante subrayar el momento fundante de este último período de reconstitución de la dominación con la elección de Alberto Fujimori en 1990,⁷ en el que se origina lo que hoy conocemos como derecha y su proyección en la extrema derecha. En ese momento, entre 1988 y 1993, confluyen el fracaso del primer Gobierno de Alan García, la división de Izquierda Unida y la derrota de Sendero Luminoso (Lynch, 1999). Estos tres fenómenos van a crear un vacío político que será aprovechado por las fuerzas que buscaban imponer un modelo neoliberal. Sin embargo, no es fácil que el fujimorismo se convierta en hegemónico. Esto sucede en un proceso que tiene varias etapas.

Primero, está la victoria electoral de un “independiente” en la política peruana, que se da en julio de 1990, un nuevo fenómeno que caracteriza al líder que obtiene prestigio fuera del quehacer político y que triunfa en el mismo porque pretende, y a veces logra, traer el éxito a la política (Lynch, 1999). Pero el independiente da paso a un fenómeno más amplio que es la antipolítica, que se define como “un conjunto de discursos y prácticas que satanizan la política como actividad pública y pretenden su reemplazo por el libre funcionamiento de mecanismos ‘naturales’ como el mercado cuya vigilancia está a cargo de técnicos que portarían saberes especializados para brindar soluciones prácticas a problemas específicos.” (Lynch, 2000, p. 23). La figura del independiente y el fenómeno de la antipolítica son una forma de negar la política anterior y enfrentar a los partidos, fueran estos de izquierda o derecha, a los que el independiente acusa de ser parte de la crisis que estaba atravesando el país. Pero independiente y antipolítica van más allá, se trata no solo de negar la política y los políticos anteriores, sino también el régimen democrático y finalmente crear un estigma que persiste hasta nuestros días: todos aquellos que no estén de acuerdo con la imposición neoliberal, especialmente si tienen una posición de izquierda, son tachados de terroristas, como una forma de deshumanizarlos y justificar su persecución y exclusión de alguna

⁷ Fujimori estuvo en el poder entre los años 1990 y 2000. Su primer período fue desde 1990 hasta el autogolpe del 5 de abril de 1992, como consecuencia de una elección democrática, y el segundo, desde 1992 hasta noviembre del 2000, cuando huye del país como dictador. Las elecciones que “ganó” en 1995 y el año 2000 se dieron bajo sus propias reglas y serios cuestionamientos nacionales e internacionales.

presente o futura comunidad política.⁸ La figura del independiente va quedando atrás en las primeras décadas del siglo XXI y la negación discursiva de la política también, sin embargo, estos serán antecedentes importantes de la crisis de representación, de la “ruptura del vínculo” (Lawson, 1988) entre los ciudadanos y quienes los representen en la política posterior, proceso que alcanza su extremo en la crisis actual, con la fragmentación e incluso extinción de expresiones políticas importantes.

Segundo, la adecuación económica y política al régimen neoliberal. El independiente Alberto Fujimori, una vez que es presidente electo, conforma una coalición de Gobierno para afrontar los dos problemas básicos en ese momento: la hiperinflación y la violencia política. Esta coalición la forma con los denominados “poderes fácticos”, las Fuerzas Armadas, los organismos financieros internacionales y los grandes grupos de poder económico, lo que le permite dar el ajuste económico de agosto de 1990 y las primeras medidas en materia de seguridad, e incluso logra “facultades extraordinarias” para legislar en estos asuntos, de parte del Congreso, en abril de 1991. A esta coalición de Gobierno se une una tendencia neoconservadora, que como nos hace ver Melinda Cooper (2020) desde una perspectiva global, recoge elementos de la sociedad tradicional para articularlos con el neoliberalismo. Es el caso de monseñor Juan Luis Cipriani, arzobispo de Lima y prelado del Opus Dei, quien llega a ser cardenal del Perú nombrado por Juan Pablo II. Cipriani, en especial en esta primera época, cumple una labor de “censor” de las políticas públicas, en especial en el sector educación, así como en todo lo que tuviera que ver con los derechos sexuales y reproductivos⁹. Sin embargo, la formación de una coalición de Gobierno no fue suficiente para realizar los objetivos que se había trazado Fujimori. Las ambiciones de este junto con las de su jefe de inteligencia Vladimiro Montesinos avanzaron a la par que las necesidades del modelo neoliberal, que no solo había tenido proyecciones económicas sino también políticas. De allí la necesidad de tomar el poder por la vía electoral, pero al notar las insuficiencias de esa democracia representativa para sus objetivos, avanzaron al siguiente paso que fue el golpe

⁸ ¡Ojo!, el estigma no se restringe a los grupos armados que efectivamente realizaron acciones terroristas durante el conflicto armado interno (1980-1992), sino al conjunto de militantes, simpatizantes o incluso amigos de organizaciones democráticas o personalidades independientes que tienen alguna posición progresista.

⁹ Otra manifestación de intolerancia religiosa la dan algunas iglesias evangélicas, especialmente en reacción al “enfoque de género” que se desarrolla en el Ministerio de Educación. Destaca la iniciativa “Con mis hijos no te metas”, promovida por el Movimiento Misionero Mundial, que desarrolla influencia política en el Congreso, al mismo tiempo que activismo callejero.

de Estado del 5 de abril de 1992. El golpe, también denominado autogolpe, permite en el corto plazo eliminar contrapesos, cerrando el Congreso, el Poder Judicial y los Gobiernos regionales, para gobernar con todos los resortes del Estado en la mano. Se produce entonces un cambio de régimen político. Ya no estamos en la precaria democracia liberal, producto de la transición, ni en su variante de “democracia neoliberal”, que es una contradicción en sus propios términos. Ahora pasamos a un régimen autoritario que, por sus características de cierre progresivo de la esfera pública, denomino dictadura. Es una salida por la derecha a las insuficiencias de la transición que habría estado en su supuesto momento de consolidación (O'Donnell y Schmitter, 1989).

Un importante desarrollo que tiene el golpe del 5 de abril es el giro delincencial del poder político en la forma de Estado mafioso, que se integra como una pieza fundamental al régimen autoritario inaugurado. Este giro mafioso significó prebendas para los amigos y amedrentamiento, represión e incluso eliminación física para los enemigos. Se expresa a nivel económico en el capitalismo de amigotes, en el que la rentabilidad de un negocio no estaba definida por la competitividad de los factores de producción, sino por las buenas relaciones con el poder político. Es interesante cómo los aliados de la coalición golpista, especialmente los económicos, prefirieron el silencio frente a estos abusos criminales del poder que las denuncias respectivas, lo que podía poner en peligro las prerrogativas logradas (Dammert, 2001; Pease, 2003).

Tercero, el intento de lograr legitimidad vía la legalización del golpe. El acto de fuerza del 5 de abril genera condiciones indispensables, pero no da por sí solo legitimidad, de allí la convocatoria por parte del Gobierno de Fujimori a un “Congreso Constituyente Democrático”, y finalmente la aprobación por este y su ratificación en referéndum de una nueva Constitución en octubre de 1993.¹⁰ La nueva Constitución, más allá de su origen en un acto de fuerza, buscaba la legitimidad y la legalidad anhelada. Tenemos entonces que el triunfo del candidato independiente, la coalición de Gobierno, el golpe de Estado y finalmente, la nueva Constitución permiten el punto de partida, entre 1990 y 1993, de una nueva derecha neoliberal, que por sus características de nacimiento, si es que nos atenemos

¹⁰ El referéndum ratificatorio, sin embargo, ha sido denunciado como fraudulento, tanto en la época de la realización del mismo por el Comité por el “No”, encabezado por el ingeniero Gustavo Mohme Llona, como luego por el doctor Juan Chávez Molina, quien fuera integrante del Jurado Nacional de Elecciones (JNE) en la época en que se hizo la consulta (Chávez Molina, 2000).

a la terminología de Cas Mudde (2021), no es una derecha que respeta las libertades civiles y políticas, por más que impulsa el libre mercado, sino que privilegia el último en detrimento de las libertades ciudadanas. Esto en términos contemporáneos lo acerca más a la extrema derecha que a la derecha radical.

Una cuestión que no se cuenta entre estos movimientos en las alturas, pero que también es decisiva, es la construcción de una red de clientela política con un importante financiamiento del Banco Mundial (Schady, 1999), que el fujimorismo inicia desde su llegada al Gobierno, pero que intensifica luego de los problemas que tiene para aprobar la Constitución de 1993. Esta red de clientela, basada en un estricto intercambio de favores por votos, será muy importante en la construcción de una base electoral que en algunos casos dura hasta nuestros días. Esta nueva derecha neoliberal intenta, quizás también otra contradicción en los términos, una hegemonía neoliberal.

La hegemonía supone una construcción ideológica, política y cultural que busca dar dirección a una determinada sociedad (Gramsci, 1981, pp. 304-326). Por ello, puede aparecer contradictorio que quien ejerce la exclusión sobre la mayoría nacional por la vía de una herencia oligárquica, y un modelo económico y político como el neoliberal, se trace fines hegemónicos. Sin embargo, la crisis de fines de la década de 1980 y comienzos de la década de 1990 deja en el Perú no solo el vacío político anotado, sino también una profunda desilusión frente al fracaso de los varios proyectos políticos que buscan conducir la transición que sucede al Gobierno militar de la década de 1970. La desilusión se traduce en un alto apoyo popular al golpe del 5 de abril de 1992, 81 % según las cifras de los sondeos de opinión (Apoyo Opinión y Mercado, 1992), y la esperanza que se genera en que el ajuste económico y las reformas neoliberales crearán las condiciones para traer el anhelado bienestar después de las frustraciones producidas con el fracaso del velasquismo y la vuelta de la democracia en 1980. Esta pretensión hegemónica no existió en los tiempos oligárquicos cuando también se gobernaba por la vía del manejo directo de los grandes propietarios y con criterios de exclusión racista y abierta de las mayorías. Pero en este caso, la fuerza del discurso neoliberal de salir adelante por cuenta propia, con el control casi total de los medios de comunicación masiva y el apoyo de los grandes poderes nacionales e internacionales, juega un papel muy importante, al menos mientras ayuda la economía y no se revelan las entrañas del modelo.

Los problemas empiezan para esta construcción hegemónica cuando queda claro que dominan las tendencias autoritarias. Primero, fueron las medidas de fuerza iniciales: ajuste, golpe y aprobación fraudulenta de la Constitución de 1993. Luego, las acusaciones de fraude nuevamente en las elecciones de 1995 y posteriormente el intento de segunda reelección de Fujimori para el año 2000 que apuntaba a cambiar a su favor la propia Constitución de 1993. Asimismo, las múltiples acusaciones de corrupción, tanto de Fujimori como de su asesor Vladimiro Montesinos, se suman a las causas de repudio popular (Dammert, 2001). Este último hecho de torcer nuevamente la legalidad para quedarse en el poder desata una crisis política entre 1997 y 2000, que solo terminaría con la huida de Fujimori en noviembre del 2000 y la realización de las primeras elecciones limpias desde 1990, en el año 2001, luego de una década de acusaciones de fraude y corrupción. Sin embargo, a pesar del autoritarismo, el manejo mafioso de las instituciones, la represión a los opositores, el entreguismo de los bienes públicos vía las privatizaciones, el robo descarado y la renovada presencia militar en el Gobierno, se logra establecer un nuevo modelo económico y político, en el que la relación sociedad-Estado cambia y la captura del aparato estatal, con un manejo directo por intereses empresariales, se vuelve la norma y la clave de la exclusión de otros sectores sociales del manejo del poder.

Llegamos así a una nueva transición a la democracia, la segunda luego de la que sucede a fines de la década de 1970. Esta transición dura nueve meses, entre noviembre del 2000, con la huida de Fujimori, y julio del 2001 con la proclamación de Alejandro Toledo como nuevo presidente. La segunda transición, conducida por un antiguo político de centro, Valentín Paniagua como presidente interino, es exitosa en términos electorales, instaurando una democracia limitada que permite una cierta competencia política, pero condena drásticamente la crítica al neoliberalismo, reprime a los movimientos sociales y dificulta la inscripción de nuevos partidos políticos. La no superación de la pesada herencia del modelo neoliberal probaría ser el lastre de las crisis posteriores de esta derecha que se inaugura en la década de 1990. Si el legado de la transición de la década de 1970 fue conservador porque pretendía restaurar el reformismo civil anterior a 1968 con matices de derecha e izquierda, lo que en la práctica le fue imposible por la polarización política de la época, el resultado de la transición del 2000 fue reaccionario, porque entre una ruptura de fondo con el fujimorismo

y la continuidad neoliberal, prefirió esta última. Quedan así la recaptura del Estado, el capitalismo de amigotes en su versión neoliberal y su expresión en la Constitución de 1993.

Sin embargo, la continuidad neoliberal tuvo una cierta base material en el crecimiento de la economía peruana entre los años 2002 y 2013, en el que esta alcanzó tasas de 6 % anual, debido al super ciclo de precios de las materias primas en el mercado mundial (Jiménez, Oscátegui y Arroyo, 2024). No obstante, las características de un modelo de economía abierta que exporta, principalmente minerales sin valor agregado, tiene muy pocos incentivos para el desarrollo de la economía nacional, principalmente para la creación de mercados internos y puestos de trabajo. Esto se ha reflejado en una población económicamente activa (PEA) que, en un 70 % en promedio, se ha mantenido en la informalidad (Cuadros, 2025), un porcentaje que se ha acercado a un 75 % en el momento posterior a la pandemia de COVID-19, regresando después al 70 % señalado. Este auge en términos de crecimiento tiene una crisis con la baja de los precios de las materias primas en el mercado mundial a partir del año 2014, lo que se junta con las denuncias iniciales de corrupción contra las principales figuras políticas del país, incluidos todos los presidentes elegidos a partir de 1990, quienes habrían recibido importantes comisiones por la concesión de licitaciones de obras públicas en esos años.

4. La crisis que vuelve a revelar a la derecha peruana como extrema derecha

La baja del crecimiento y la exposición de la corrupción inician una crisis de proporciones que erosiona la hegemonía construida desde principios de la década de 1990. Esta erosión conduce por primera vez a una pérdida de legitimidad del régimen neoliberal, que tiene un primer hito en su descrédito abierto con la caída de Pedro Pablo Kuczynski en marzo del 2018, cuando solo había cumplido un tercio de su mandato presidencial. Paradójicamente se trata de una disputa entre dos neoliberales confesos y más bien extremos por el manejo inmediato del poder, Kuczynski y Keiko Fujimori, la hija del dictador. La corrupción exhibida a la luz pública juega el papel de disolvente de la legitimidad que había tenido el neoliberalismo cuando se inaugura como régimen político, como señalamos, con el 81 % de apoyo al golpe de 1992. Una crisis que produce entre el 2018 y el 2025, una sucesión de múltiples gabinetes, seis presidentes y tres Congresos como no habíamos conocido en la

historia reciente. Esto configura una quiebra hegemónica que nos alcanza hasta nuestros días y que no ha podido ser reconfigurada ni por la derecha más bien liberal ni por la extrema derecha. Esta crisis es una crisis de Gobierno, régimen y Estado, por lo tanto, en términos de Gramsci (1981, pp. 361-368), es una crisis orgánica. Este tipo de crisis no solo tiene ver con el presente al que muestra de manera desgarradora, sino que en su profundidad también expone nuestros problemas más hondos, interpela nuestro pasado remontando el actual fracaso republicano a nuestra fundación como país y proyectando al futuro como una disputa para poner al Perú en otra orientación.

La crisis en un primer momento, entre el 2018 y el 2021, intenta ser manejada por sectores de la derecha liberal,¹¹ que en las presidencias de Martín Vizcarra y Francisco Sagasti, ambos interinos, buscan sacar adelante algunas reformas al régimen político para que continúe el modelo de libre mercado. Sin embargo, ya era tarde para arrestos reformistas en el espacio neoliberal, de allí la polarización y el buen resultado electoral que tiene el 2021 una posición claramente de izquierda como la de Pedro Castillo y también, aunque producto de una aguda fragmentación, los candidatos Keiko Fujimori de Fuerza Popular y Rafael López Aliaga de Renovación Popular, e incluso Hernando de Soto de Avanza País, todos de extrema derecha. A ellos cabe agregar dos colectivos que tienen la función de la propaganda callejera y el “escrache”, o la agresión directa a los domicilios y/o personajes vinculados al mundo progresista: La Resistencia y Patriotas del Bicentenario, que parecen actuar con la complicidad o por lo menos la tolerancia de la Policía Nacional. El liderazgo, sin embargo, lo tiene en este sector el fujimorismo, con Keiko Fujimori, juntando entre todos diferentes matices derechistas. El fujimorismo reivindica el régimen autoritario de la década de 1990, con el golpe y su Constitución incluidos; Renovación Popular reivindica los valores conservadores más tradicionales; y Avanza País, la economía de mercado (Meléndez, 2023). A ellos se juntan grupos oportunistas como Podemos Perú y Alianza para el Progreso que constantemente negocian sus votos de acuerdo con las circunstancias. Sin embargo, la quiebra hegemónica que señala la falta de legitimidad del régimen neoliberal desespera a la

¹¹ En el 2020, publiqué un artículo “La derecha peruana: de la hegemonía a la crisis”, en el que señalaba que la salida a la crisis de la derecha neoliberal estaba siendo liderada por los sectores menos conservadores del bloque en el poder, que planteaban un programa de reformas políticas para reencauzar el régimen e integrar a otros sectores políticos, lo que eventualmente podía dar mayores opciones a una alternativa distinta. Pues me equivoqué. Este intento finalmente le dio más alas a la derecha más radical que hoy trata de reafirmar y profundizar su poder.

extrema derecha, al saberse sin credibilidad para gobernar y exacerba su voluntad de hacerse de todo el poder, sin reparar, como veremos, en la legalidad establecida.

En este contexto, la elección de Pedro Castillo el 2021, maestro rural de origen campesino, étnicamente de ancestros originarios y líder sindical del magisterio disidente, es un signo de los tiempos y a la vez el detonante de la furia de una derecha neoliberal ya constituida como extrema derecha. Castillo postula y gana con una propuesta de izquierda, en la que destaca la necesidad de una nueva Constitución. Sin embargo, su incompetencia y la de su equipo de Gobierno, así como las crecientes denuncias de corrupción contra él y su entorno, lo hacen fácil presa de una extrema derecha que buscaba, primero, impedir que asuma la presidencia una vez elegido y, luego, bloquear diariamente su labor de Gobierno. Esto lo lleva a una “huida hacia adelante” al año y cuatro meses en el cargo, intentando un golpe de Estado que fracasa y le da a la extrema derecha, que controla el Congreso, el pretexto para un contragolpe que le permite poner a la propia vicepresidenta de Castillo, Dina Boluarte, previamente cooptada por la extrema derecha, en la presidencia.

Sin embargo, lo que más molesta a esta extrema derecha es que no puede subordinar a Castillo a sus dictados, como antes lo hicieron con Ollanta Humala y más fácilmente con Alejandro Toledo. Por más que Castillo tuviera sus propios errores y sus propias acusaciones de corrupción, es un personaje a quien no logran sentir “uno de ellos”, alguien en quien pudieran confiar, como habían estado acostumbrados con los gobernantes del período neoliberal, ya sea porque fueran propios o porque podían cooptarlos. En otras palabras, no logran superar la barrera étnica y el racismo, que a su pesar habían digerido con Humala y Toledo.

La caída de Castillo da pie a una revuelta popular que sacude el país entre diciembre del 2022 y marzo del 2023, centrada en los departamentos del centro al sur andino, de Junín a Puno, de población principalmente quechua y aymara. Las doce semanas que duró la revuelta expresaron la indignación de la población, especialmente de los sectores más pobres, por la burla de la extrema derecha a los resultados electorales de apenas año y medio atrás. Se extendió un sentimiento de usurpación al ver que volvían al Gobierno quienes habían perdido las elecciones del 2021 y habían gobernado al Perú la mayor parte de los treinta años anteriores, paradójicamente diciendo que había que profundizar las políticas neoliberales que habían llevado a la crisis. Un punto novedoso en la movilización fue el reclamo creciente por

un cambio en el poder del Estado, plasmado en el grito de “nueva Constitución”. A pesar del ofrecimiento de dádivas de distinto tipo y cambios en diversas políticas públicas, los funcionarios de distinto rango se sorprendían por la insistencia en un cambio de orientación general (Lynch, 2024). Otro componente importante fue la dinámica local que tuvo el movimiento, partiendo de pueblos y ciudades provincianas, drásticamente empobrecidas por el neoliberalismo, lo que a la postre también sería su debilidad, pues al venir a Lima no tuvieron la suficiente solidaridad de su contraparte limeña. Asimismo, la importante presencia de mujeres, principalmente campesinas andinas que le dieron singular fuerza al movimiento, pero que serían objeto de burla en Lima por parte de la prensa hegemónica (Durand, 2023; Valdizán, 2024a). Finalmente, la revuelta es sofocada con un saldo de 49 muertos, atribuidos a las fuerzas represivas del Estado por organizaciones tan disímiles como Amnistía Internacional (2023), la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (2023) y el periódico *The New York Times* (Mac Donald, Tiefenhaler y Surdam, 2023). Hay una causa penal abierta por estos crímenes contra las máximas autoridades del país, pero que avanza con la mayor lentitud.

La sangrienta represión a la revuelta es un momento en la historia contemporánea del Perú en el que se revelan las características más hondas del desprecio de clase, de raza y de género por parte de la élite dominante, que con toda claridad se presenta como extrema derecha y más específicamente como quienes acababan de tomar el control del Estado y sus respectivos aparatos represivos en diciembre del 2022. La acción del Estado y de sus Fuerzas Armadas y policiales se justifica, tanto en el discurso estatal como en los medios de comunicación masiva, como la lucha contra un enemigo interno, que ha perdido la condición peruana y humana, y que debe ser destruido. Es importante subrayar aquí la palabra “enemigo” y no “adversario”, como suelen referirse al otro en la competencia democrática, así como la unión “enemigo” e “interno”, una retórica contrainsurgente que no se escuchaba desde la época del conflicto armado interno y el golpe del 5 de abril de 1992, más de treinta años atrás.

Esta retórica resurge y prolonga un estigma que viene de esos tiempos, que aparece episódicamente durante la democracia limitada (2000-2018), quizás en los momentos más agudos de criminalización de la protesta, pero que toma fuerza con la crisis y más con la caída de Castillo. Me refiero, como ya señalé, a la denominación de terrorista a todo aquel que expresa un reclamo y más todavía una posición de izquierda e incluso progresista. Una

denominación que se acorta como “terrucos” y que refiere la acción de “terruquear” como la de señalar a una persona o institución como supuesto cómplice de acciones terroristas y, por lo tanto, fuera de la comunidad política con la que se puede interactuar (Valdizán, 2024b).

Además, como ya he señalado, hay otro elemento que sale a relucir en esta coyuntura de golpe, contragolpe y revuelta, ordenando a la postre todos los demás: el racismo. No es que este haya dejado de existir en los treinta y más años de neoliberalismo, sino que, muy a tono con las características de nuestra colonialidad, se fue convirtiendo a partir de las reformas sociales del Gobierno militar de la década de 1970, en especial de la reforma agraria, en un sentimiento implícito, que vuelve a reventar cuando las élites ven sus intereses en peligro, primero con la elección de Castillo y luego con la revuelta posterior a la caída de este. Resurge una referencia antigua y casi desaparecida para calificar a los pueblos originarios, no solo como cholos —en su mejor versión (Quijano, 1980) una forma de mestizaje producto del desarrollo capitalista—, sino como “los indios”, “la indiada”, no de manera explícita en los grandes medios de comunicación o en los discursos de algún político, pero sí en conversaciones privadas y también en las redes sociales.

En este punto, es importante señalar los límites del elemento étnico social en la movilización política reciente. Estos límites tienen sus causas en el bloqueo histórico que sufrieron los pueblos originarios en el Perú en el proceso de convertirse en nacionalidades con protagonismo político propio, en una historia que se remonta a las consecuencias terribles de la conquista española de nuestro territorio y la derrota de sucesivos levantamientos, finalmente anticoloniales, pero sin lograr objetivos emancipadores (Lynch, 2023, 2025). Esta historia, aunque parezca lejana, ha tenido graves consecuencias en nuestra política republicana, ya con el telón de fondo del desarrollo capitalista neocolonial. Quizás la más importante: las dificultades de integrar en el programa y el liderazgo de los movimientos nacional populares del siglo XX, tan significativos como el APRA auroral y la tradición socialista que inaugurara José Carlos Mariátegui, la organización y las reivindicaciones de los pueblos originarios, en una época —producto de la migración campo-ciudad— en la que estaban mayoritariamente transformados en pobres urbanos. El racismo desplegado por los de arriba no tiene así una contraparte suficientemente importante que lo enfrente desde abajo.

La extrema derecha que lidera el contragolpe desde el Congreso y la sucesora de Castillo, su vicepresidenta Dina Boluarte, se niegan, a pesar del abrumador reclamo popular,

a convocar elecciones y renovar de esta manera la confianza en el Gobierno. Prefieren la imposición y la falta de legitimidad. Su aislamiento se refleja en los sondeos de opinión en los que fluctúan entre el 5 y el 10 % de aprobación en los dos años siguientes al contragolpe (IEP, 2023, 2024).

Sin embargo, la coalición de extrema derecha en el poder no desaprovecha su espacio para retorcer la legalidad a su antojo, para favorecer la corrupción y su permanencia en el poder. Quizás si el mejor ejemplo de ello sea la manera como han manoseado su propia Constitución de 1993. A fines del 2024, diversos especialistas y medios de comunicación llaman la atención sobre las reformas que ha tenido la Constitución de 1993, supuestamente un texto al cual no se le debía tocar ni una coma, frente a los reclamos de diversos sectores de izquierda para llamar a una Asamblea Constituyente y hacer una nueva Constitución (Romero, 2024). Resulta que el 57.65 % de la carta de 1993 ha sido cambiada en sus 31 años de vigencia, 116 artículos de una Constitución que tiene 206, y la mitad de esos cambios han sido hechos por este Congreso controlado por la extrema derecha y promulgados por la ya presidenta Dina Boluarte en los últimos tres años, entre el 2022 y el 2025. El sentido de la mayor parte de estos ha sido modificar el equilibrio de poderes a favor del Parlamento, debilitar el Ministerio Público y el Poder Judicial, y buscar la permanencia de los actuales grupos de poder en las posiciones ganadas. Todos estos elementos me llevan a calificar este cambio de régimen, aunque sea en un momento de descomposición neoliberal, como dictadura.

A pesar del aislamiento social del Gobierno, la extrema fragmentación de la sociedad y la desconexión de esta con la política permiten que la extrema derecha persista en el poder controlando las instituciones y reprimiendo a la población. Primero es el miedo: los 49 muertos, que todo indica fueron a manos de las Fuerzas Armadas y policiales, han tenido su efecto sobre todo en los sectores potencialmente movilizables. Luego, la gran dificultad de representar una sociedad crecientemente informalizada y penetrada por el crimen, lo que hace muy difícil sistematizar y compatibilizar intereses. Una muestra de ello es que los sectores populares de Lima, otrora bastión de izquierda, tengan una gran dificultad para plegarse a la protesta. El reemplazo postrero de Dina Boluarte por José Jerí en octubre del 2025, debido al extremo desprestigio de la primera, no cambia las cosas, porque se trata de otro personaje

que representa a la misma coalición reaccionaria que gobierna el Perú desde diciembre del 2022 en que cae Pedro Castillo.

Al respecto, Guillermo O'Donnell (1997), en el debate sobre las dificultades de la consolidación de las democracias producto de las transiciones, apuntaba hace ya treinta años, a las divisiones existentes en diferentes sociedades y regímenes políticos latinoamericanos, entre los que incluía al Perú, señalando las realidades que respondían a la legalidad, producto del Estado de derecho y las zonas “marrones” en las que incluía los espacios de poder privatizado que se debatían entre la ilegalidad y el dominio delictivo. Sobre el tema para el Perú, tanto Francisco Durand (2007, 2013 y 2022) como Danilo Martuccelli (2021) han desarrollado algunos avances. Francisco Durand se refiere directamente a un Perú fracturado y dividido en sectores socioeconómicos: legal, ilegal y delictivo, pero que se articulan para su funcionamiento y el de la economía y la sociedad peruanas. Los tres le dan una base tricotómica al Estado al que buscan penetrar en distintos períodos y con diferente intensidad. Dice Francisco Durand que “los dueños del Perú”, recordando el título de un libro de Carlos Malpica (1970), ya no son solo los herederos de la vieja oligarquía, sino las nuevas burguesías de los sectores formal, informal y el abiertamente delictivo. Sin embargo, a pesar de la gran importancia de la informalidad y el rápido crecimiento del crimen organizado, cabe agregar acá que el sector formal sigue siendo largamente, por su antigua posición de clase y su contribución al PBI, a pesar de su poca contribución a la creación de empleo en décadas recientes, el más fuerte de los tres.¹² Martuccelli, desde un punto de vista ya no estructural sino de la sociología del individuo, habla de la sociedad “desformal” en la que las personas habrían perdido los límites señalados por la moral de las antiguas élites y se mueven de acuerdo con sus intereses inmediatos, negando el poder de alguna autoridad que no sea la que ellos ejercen. Estos análisis de la fragmentación social y las dificultades de representarla nos ayudan a explicar el carácter desbocadamente autoritario y agresivo de la extrema derecha actual y su poco aprecio por las reglas democráticas.

¹² En un estudio del 2021, *Las economías criminales y su impacto en el Perú* de Ricardo Valdés, Carlos Basombrío y Dante Vera, cuyos datos son actualizados en una entrevista a Carlos Basombrío el 2024 (<https://amcham.org.pe/news/el-tamano-de-las-economias-ilegales-en-el-peru/>), se señala que el 4 % del PBI del Perú, aproximadamente 9805 millones de dólares, serían producidos por la economía criminal. Sin embargo, se calcula, aunque sin base en estudios específicos, que podría ser el doble.

5. Conclusión: la extrema derecha peruana en contraste con las demás

La derecha peruana, por su herencia colonial, nace como extrema derecha. El eje de su existencia es la exclusión del otro, con la clase, la raza y el género como vehículos de esta. La paradoja es que se trata de la exclusión de la abrumadora mayoría originaria por una pequeña minoría de ancestro europeo. De allí que la existencia de una comunidad de iguales, de carácter democrático, aunque sea imaginaria, le es insoportable. Esta derecha tiene su antecedente en la vieja oligarquía que es casi liquidada por el velasquismo, pero que resurge con la captura del Estado por los grandes propietarios en 1992. Este resurgimiento se da por la no consolidación de las transiciones, que no brindan la estabilidad democrática que prometen y las consecuencias del conflicto armado interno que luego de terminado no es conducido, por los diversos Gobiernos de turno, a la pacificación sino a producir estigmas, descalificaciones y vetos contra toda posición progresista. Así, la extrema derecha en su expresión fujimorista y la de partidos, colectivos y gremios afines achaca esta inestabilidad al exceso, no a la falta de derechos, lo que inscriben como el eje de la neoliberalización que llevan adelante.

Estas raíces estructurales de la derecha peruana la hacen similar a sus vecinos andinos y condicionan en distinta medida sus opciones políticas, pero la distinguen de otros países en la región, especialmente del Cono Sur y el Brasil (Mahoney, 2010). En estos últimos, como vimos, también existe herencia colonial, pero tanto la dependencia como la estructura social tienen características diferentes que expresan variantes tanto en la derecha como en la extrema derecha. Estas diferencias tienen el legado del tipo de colonización en cada grupo de países, de las diferentes formas de acumulación de riquezas que se practican, y de las distintas relaciones que se establecen entre los colonizadores y la población nativa.

Cuando las élites de este último grupo de países se expresan políticamente para neoliberalizar, lo hacen primero como dictadura militar y luego como neoliberalismo civil a ultranza, como es el caso de Javier Milei en Argentina. En ambos casos, en respuesta a grandes movimientos sociales antineoliberales y a movimientos y Gobiernos nacional-populares que buscaron extender derechos, y por esta vía democratizar sus sociedades. Las respuestas, sin embargo, se dan en países con una experiencia democrática anterior, lo que lleva, relativamente, a una mayor institucionalización que hace más difícil desmontar tanto

sus democracias como su capacidad de movilización social. En el Perú, a diferencia de estos países, la extrema derecha no solo avanza en desarrollar prácticas antidemocráticas, sino también en un proyecto de cambio de régimen que establezca definitivamente un poder autoritario.

La extrema derecha en el mundo occidental, sin ser todavía mayoritaria, es el sector político más dinámico en la actualidad. Creo que el fondo de este crecimiento está en el fracaso de la derecha clásica para solucionar las crisis, resultado de la hegemonía neoliberal en el mundo, en especial como señalé por la crisis capitalista del 2008. La extrema derecha surge para buscar culpables de estos problemas y enfila en primer lugar contra el estado de bienestar que construye la socialdemocracia europea en el último siglo como una gran extensión de derechos, especialmente sociales. Este se constituye en el enemigo de la derecha y la extrema derecha, ya no solo en el mundo occidental, sino en todas partes, y pasa a ser el “caballito de batalla” de su acción política. En este combate al estado de bienestar es que se puede entender a cabalidad una paradoja: la extrema derecha en diversas partes también está marcada por su herencia colonial. Sin embargo, esta es una herencia como opresor colonial, un papel que protagonizan las élites dominantes occidentales en los últimos siglos en el planeta. De esta herencia le vienen sus fobias racistas contra la migración, que es el principal tema de las expresiones políticas reaccionarias en esa parte del mundo por estos tiempos.

De esta forma, la derecha peruana, como extrema derecha, se emparenta con otras extremas derechas en América Latina y en el mundo occidental por el vínculo de la colonialidad del poder. Este es el hilo conductor que en la crisis del capitalismo neoliberal agudiza la decadencia de la democracia liberal y lleva a la expresión de posiciones extremas. Esta derecha reniega, en mayor o menor medida, de la democracia liberal como formato de organización política en el mundo y esto le abre a su nuevo poder, conservador en algunos casos y ya reaccionario en otros, la tentación autoritaria y en algunos ejemplos la realidad práctica del autoritarismo que toma las formas que le da su herencia y sus contextos en cada lugar. Asimismo, no deja espacio todavía a nuevos modelos de democratización de la democracia que no encuentran ni diseño claro ni sujeto político que los asuma a cabalidad.

Referencias bibliográficas

- Amnistía Internacional. (2023). *Racismo letal: ejecuciones extrajudiciales y uso ilegítimo de la fuerza por los cuerpos de seguridad del Perú*. Amnesty International Ltd.
- Apoyo Opinión y Mercado. (1992, 7 de abril). *Apoyo al golpe de Estado de Alberto Fujimori*. Apoyo Opinión y Mercado.
- Avritzer, L. (2017). *The two faces of institutional innovation in Latin America. Promises and limits of democratic participation in Latin America*. Edward Elgar.
- Basombrío, C. (2024, 20 de febrero). *El tamaño de las economías ilegales en el Perú* [conferencia]. AmCham Perú. <https://n9.cl/b7i0mm>
- Bobbio, N. (1996). *Left and right: The significance of a political distinction*. The University of Chicago Press.
- Burga, M. y Flores Galindo, A. (1979). *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Ediciones Rikchay Perú.
- Chávez Molina, J. (2000). *Mis votos singulares: historia de un fraude que no debe repetirse*. Editorial Horizonte.
- Comisión de la Verdad y Reconciliación. (2003). Secuelas de la violencia. En *Informe final* (vol. 8, tercera parte). CVR.
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos. (2023). *Situación de derechos humanos en Perú en el contexto de las protestas sociales*. CIDH.
- Cooper, M. (2020). *Los valores de la familia: entre el neoliberalismo y el nuevo social conservadurismo*. Traficantes de Sueños.
- Cuadros, F. (2025, 13 de agosto). Aspectos conceptuales de la informalidad en el Perú. *Otra Mirada*. <https://n9.cl/ulzfu>
- Dammert, M. (2001). *Fujimori-Montesinos: el Estado mafioso. El poder imagocrático en las sociedades globalizadas*. El Virrey.
- De Soto, H., Ghersi, E. y Ghibellini, M. (1986). *El otro sendero*. Instituto Libertad y Democracia.
- Durand, A. (2023). *Estallido en los Andes: movilización popular y crisis política en Perú*. Movimiento, CLACSO. <https://n9.cl/8o3pp>

- Durand, F. (2007). *El Perú fracturado: formalidad, informalidad y economía delictiva*. Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Durand, F. (2013). Socioeconomías informales y delictivas. En W. Jungbluth (Ed.). *Perú hoy: el Perú fracturado* (pp. 21-37). Desco.
- Durand, F. (2019). *La captura del Estado en América Latina: reflexiones teóricas*. Oxfam, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Durand, F. (2022). En el Perú, formalidad, informalidad y delito son parte del mismo sistema [entrevista]. *Quehacer*, (10).
- Franco, C. (1998). *Acerca del modo de pensar la democracia en América Latina*. Fundación Friedrich Ebert.
- Gramsci, A. (1981). *Escritos políticos (1917-1933)*. Ediciones Pasado y Presente.
- Instituto de Estudios Peruanos. (2023). *Informe de opinión*. IEP.
- Instituto de Estudios Peruanos. (2024). *Informe de opinión*. IEP.
- Jiménez, F., Oscátegui, J. y Arroyo, M. (2024). *Perú 1990-2021: la causa del “milagro económico”. ¿Constitución de 1993 o superciclo de las materias primas?* Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Lawson, K. (1988). When linkage fails. En K. Lawson y P. Merkl (Eds.). *When parties fail*. Princeton University Press.
- Lechner, N. (1996). Las transformaciones de la política. *Revista Mexicana de Sociología*, 58(1), 3-16. <http://dx.doi.org/10.22201/iis.01882503p.1996.1.60845>
- López, S. (1991). El Estado oligárquico en el Perú: un ensayo de interpretación. En *El Dios mortal* (pp. 35-61). Instituto Democracia y Socialismo.
- Lynch, N. (1999). *Una tragedia sin héroes: la derrota de los partidos y el origen de los independientes*. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Lynch, N. (2000). Negación y regreso de la política en el Perú. En *Política y antipolítica en el Perú* (pp. 9-38). Desco.
- Lynch, N. (2009). *El argumento democrático sobre América Latina*. Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Lynch, N. (2010, diciembre). La derecha peruana: de la hegemonía a la crisis. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, (126).

- Lynch, N. (2023). Perú: el bicentenario fallido. *Revista Mexicana de Sociología*, 85(4), 1045-1072.
- Lynch, N. (2024). *El proceso constituyente en el Perú*. Lluvia Editores, CLACSO.
- Lynch, N. (2025, junio). ¿Asamblea Constituyente ciudadana o plurinacional? *Nuestro Sur. Revista Crítica de Pensamiento y Actualidad*, 1(1).
- Mac Donald, B., Tiefenhaler, A. y Surdam, J. (2023, 16 de marzo). How Peru used lethal forces to crackdown on anti-government protest. *The New York Times*.
- Mahoney, J. (2010). *Colonialism and postcolonial development. Spanish America in comparative perspective*. Cambridge University Press.
- Malpica, C. (1970). *Los dueños del Perú*. Editorial Peisa.
- Martuccelli, D. (2021). *La sociedad desformal: el Perú y sus encrucijadas*. Plataforma Democrática, Fundação FHC, Centro Edelstein.
- Mc Evoy, C. (2017). *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Meléndez, C. (2023). *La ultraderecha en Perú: la irrupción electoral de Renovación Popular a nivel nacional y subnacional*. Friedrich Ebert Stiftung.
- Molinari, T. (2006). *El fascismo en el Perú: la Unión Revolucionaria 1931-1936*. Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Mücke, U. (1998). ¿Utopía republicana o partido político? Comentario sobre una nueva interpretación del primer civilismo. *Histórica*, 22(2), 273-288.
- Mudde, C. (2021). *La ultraderecha hoy*. Paidós.
- O'Donnell, G. (1997). Acerca del Estado, la democratización y algunos problemas conceptuales: una perspectiva latinoamericana con referencia a países poscomunistas. En *Contrapuntos: ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización* (pp. 259-285). Paidós.
- O'Donnell, G. y Schmitter, P. (1989). *Transiciones desde un gobierno autoritario: conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*. Paidós.
- Pease, H. (2003). *La autocracia fujimorista: del Estado intervencionista al Estado mafioso*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

- Poulantzas, N. (1973). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. Siglo XXI Editores.
- Poulantzas, N. (1979). *Estado, poder y socialismo*. Siglo XXI Editores.
- Quijano, A. (1980). *Dominación y cultura: lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*. Mosca Azul.
- Quijano, A. (2011). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (Comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (pp. 219-264). Ciccus, CLACSO.
- Romero, C. (2024, 15 de diciembre). El 57.65 % de la Constitución ha sido reformada desde su promulgación. *La República*.
- Schady, N. (1999). *The political economy of expenditures by Peruvian Social Fund (Foncodes) 1991-1995*. Banco Mundial.
- Stefanoni, P. (2022). *¿La rebeldía se volvió de derecha?* Siglo XXI Editores.
- Traverso, E. (2018). *Las nuevas caras de la derecha: ¿por qué funcionan las propuestas vacías y el discurso enfurecido de los antisistema?* Siglo XXI Editores.
- Tzeiman, A. y Martuscelli, D. E. (2024). Introducción. En *La crisis de la democracia en América Latina*. CLACSO.
- Valdez, R., Basombrío, C. y Vera, D. (2021). *Las economías criminales y su impacto en el Perú*. Konrad Adenauer, Capital Humano y Social, USAID.
- Valdizán, G. (2024a). *Estallido social y proceso constituyente en el Perú*. Nuestro Sur.
- Valdizán, G. (2024b). *Cronología de las vulneraciones a los derechos culturales de la coalición dictatorial en el Perú, 2022-2024*. Nuestro Sur.